

**No hemos venido
a divertirnos**

No hemos venido a divertirnos

NINA LYKKE

Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones 

Título original: *Vi er ikke her for å ha det morsomt*

© Nina Lykke

Publicado por Forlaget Oktober, 2022

Publicado de acuerdo con Oslo Literary Agency

Esta traducción se ha beneficiado del apoyo de
NORLA, *Norwegian Literature Abroad*

N NORLA
NORWEGIAN LITERATURE ABROAD

© de la traducción: Ana Flecha Marco, 2024

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Andrey Kasay

Imagen de la solapa: © Agnete Brun

ISBN: 978-84-127967-9-7

Depósito legal: B-8504-2024

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi familia nuclear: Heidi, Ivar y Nils

La paz interior no existe.
Lo único que existe son los nervios
o la muerte.

FRAN LEBOWITZ

Por la tarde, a esa hora del día en que ya ha abandonado todo intento de escribir, Knut se sienta a ver un vídeo de YouTube sobre el cáncer de testículo. Ha elegido ese vídeo porque el malestar que le transmite le recuerda el malestar y el esfuerzo de la escritura, y así siente que está haciendo algo productivo. Pero, justo cuando está a punto de explorarse en busca de algún bulto, suena el pitido que anuncia que ha recibido un correo electrónico.

«Invitación a mesa redonda», lee en el asunto; el emisor es el festival literario de Lillehammer.

«Vamos muy tarde, pero aun así esperamos que tengas el tiempo y la posibilidad de asistir. El tema de la mesa redonda es “La infidelidad en la vida y en la literatura”, y tú has tratado este tema en varios de tus libros. Además de la tarifa mínima que establece la Asociación de Escritores, cubrimos el viaje, el alojamiento y las dietas.»

Falta apenas una semana para que empiece el festival, así que seguramente será el sustituto de alguien. Algún escritor ha tenido que cancelar su presencia en el último momento, un truco al que Knut también recurría en su momento álgido. «Contad conmigo, asistiré encantado. Gracias por la invitación», solía responder entonces, para

después, unos días más tarde, ponerse «muy enfermo». Porque en realidad nunca le había apetecido o porque prefería hacer otra cosa.

Pero hace mucho tiempo que a Knut no lo invitan a nada que después pueda cancelar. La última vez que se expuso ante un grupo de personas, si se puede decir así, fue cuando visitó una clase llena de jóvenes apáticos y desgastados, en un instituto de las afueras de Oslo, en invierno.

En Lillehammer, en cambio, el público estará compuesto por personas adultas que no solo estarán allí voluntariamente, sino que habrán pagado para entrar y puede que incluso hayan leído al menos uno de sus libros. Además, en Lillehammer también habrá un montón de comida y de bebida gratis, y Knut, que este año no ha recibido la beca y lleva los últimos meses sobreviviendo a base de pan tostado, huevos y sardinas en lata, se dispone a responder al correo incluso antes de haber terminado de leerlo.

«¡Gracias por la invitación! Me encantaría...»

Pero, entonces, vuelve a sentarse en la silla del escritorio. «Vamos a calmarnos un poquito», se dice.

Knut, que está a finales de su cincuentena, ha empezado a hablar consigo mismo como solía hacerlo con los ancianos de la residencia. «Vamos a levantarnos. Vamos a tomar un café. Vamos a calmarnos un poquito.»

Sigue leyendo el correo electrónico para enterarse de quién más va a participar en la mesa redonda. Después se queda un rato mirando por la ventana al cielo blanco y los árboles del patio, hasta que vuelve a concentrarse en el correo. Puede que lo haya leído mal, pero no. Ahí está el nombre de ella, claro y contundente. Ella es una de las tres personas que van a hablar sobre la infidelidad en la vida y en la literatura. Con todos los temas que había, piensa.

Y por si eso fuera poco, el tercer escritor de la mesa redonda es Terje, que está casado con la exmujer de Knut.

Knut se va a la cocina y se sirve un vaso enorme de agua. Sabe que no es la primera opción; tampoco la segunda ni la tercera. Parece que a uno de los becarios se le ha ocurrido su nombre en el último momento. «¿Y el tío ese que escribió aquel libro? Sí, hombre, el que escribió sobre su divorcio.»

«Yo no he escrito sobre mi divorcio», dice Knut en voz alta. Coge aire por la nariz y lo expulsa por la boca, como ha aprendido en un vídeo de YouTube.

Se bebe el vaso de agua, lo deja en el fregadero y abre el cajón de las bolsas de plástico. El otoño pasado, cuando se abrieron las puertas de su infierno personal, empezó a ver vídeos cortos de consejos y trucos para tener una vida mejor. Los vídeos en cuestión podían tratar toda clase de asuntos, desde ejercicios de respiración y clasificación de productos secos hasta cómo doblar la ropa y ordenar las cosas para que ocupen el menor espacio posible. Por ejemplo, aprendió a transformar las bolsas de plástico en pequeños y estéticos triángulos; a veces, abre el cajón solo para mirar las bolsas ordenadas en filas.

Pero hoy hacer eso no lo ayuda en nada, vuelve a cerrar el cajón y pasea sin rumbo por el piso.

¿No están puestos al día en Lillehammer? Y, sobre todo, ¿no leen libros?

De todas formas, puede que sea una buena señal que no aten cabos, porque ese era precisamente el objetivo de su táctica, consistente en no quejarse y en no dar explicaciones; que nadie se fije en su actuación, totalmente ficticia, en una historia supuestamente autobiográfica y basada en hechos reales; pergeñada, además, por la persona con la que Knut irá a sentarse en Lillehammer para hablar de la infidelidad en la vida y en la literatura.

Knut se ha detenido frente a la ventana del salón. En la calle, la gente va y viene. A menudo, cuando mira por la ventana, suele preguntarse adónde irá toda esa gente, qué

será tan importante para ellos. Todo el mundo parece cargar con algo pesado. Tienen la cara fruncida por la preocupación y la concentración. Knut es una pieza más de esa maquinaria, como todos ellos, pero el viejo sentimiento de estar al margen de la humanidad ha ido apoderándose de él, y no consigue soltarlo. Es un estado de ánimo que se remonta a su infancia, un sentimiento que volvió a percibir el otoño pasado: la sensación de que el resto del mundo ha entendido algo que él no ha llegado a comprender del todo: que existe un secreto enorme y elemental ahí fuera que todos conocen menos él.

Últimamente se ha dado cuenta de que tiene que volver a salir al mundo. No hay otra. Tiene la cuenta vacía y ha empezado a usar la tarjeta de crédito.

Es cuestión de tiempo que llame a la residencia de ancianos y diga que está disponible.

Después de cada ronda de guardias piensa: «Nunca más». Pero siempre vuelve. La última vez que trabajó allí fue el verano pasado y, como de costumbre, la mayoría de los residentes eran nuevos. Uno de ellos era un hombre con principios de demencia que solo tenía un año más que Knut. Hicieron bromas al respecto en la sala de descanso, como la de que pronto le tocaría a Knut que le cambiaran los pañales.

Knut se rio con ellos. Aunque, por las mañanas, cuando aseaba a los residentes, solía mirarse al espejo, mientras los ayudaba a vestirse, como para constatar silenciosamente lo que era evidente: la diferencia que había entre él mismo, erguido y vestido de blanco, y el ser gris y encorvado al que estaba atendiendo.

Pero una tarde del verano pasado, cuando corría por los pasillos como de costumbre, oyó una música. Se detuvo, porque era la misma música de los años setenta y ochenta que él solía escuchar, y cuando reparó en que pro-

venía de la habitación del hombre con principios de demencia, Knut se dio cuenta por primera vez de que podría ser él mismo quien estuviera allí.

Se llevaba bien con ese hombre. En sus momentos de lucidez, hablaba con la misma soltura que cualquier otra persona. Para mantener la ilusión de que entre ellos no había diferencias, Knut le había hecho bromas diciendo que él, un escritor arruinado, envidiaba a la gente que recibía apoyo municipal y comida.

Por supuesto, no envidiaba de ninguna manera a ese tipo que por las noches paseaba confundido por los pasillos en busca de su antigua existencia. Tampoco lo consideraba como un igual, hasta el día en que caminando por el pasillo oyó, proveniente de la habitación de ese hombre, «Enjoy the Silence», de Depeche Mode.

Knut hizo las guardias que se había comprometido a hacer, pero desde entonces no ha vuelto a coger el teléfono cuando le llaman de la residencia.

Pronto tendrá que empezar a llamar él. Lo sabe desde mediados de marzo, cuando le quedó claro que no le iban a dar la beca. Pero se resiste. Y gracias a los honorarios de Lillehammer puede esperar, al menos, una semana más. Además, en Lillehammer puede volver a sentir que forma parte de la escena cultural, entrar en el flujo creativo y, tal vez, recuperar las fuerzas para empezar a escribir de nuevo.

Pedirle a la editorial un anticipo por la publicación de un nuevo libro es su última esperanza. Sus libros, aunque ya no venden mucho, siempre termina comprándolos el Consejo de las Artes, con lo cual un nuevo libro puede ser una buena señal para los miembros del comité que otorga las becas: Knut A. Pettersen sigue activo, Knut A. Pettersen está operativo; aún no está demente; aún no ha muerto.

Normalmente, habría ido a ver a Frank en este momento, pero Frank, su vecino y amigo más cercano, está en

uno de sus periodos de contacto con M, su amante intermitente, y, por lo tanto, no está disponible.

Knut vuelve a la cocina y se queda mirando el pequeño botellero. Cuando Frank retoma su relación secreta con M, un pakistaní casado y padre de tres hijos, siempre deja de beber y le da el botellero a Knut. Knut dice que se lo guarda hasta la próxima vez, y Frank siempre le contesta que no habrá una próxima vez, pero cuando M vuelve a Lørenskog con su familia —a la que, por cierto, nunca ha dejado—, Frank siempre se siente aliviado al recuperar su botellero, aunque rara vez quedan botellas en él.

La relación secreta y prohibida de Frank y M dura ya varios años y hace tiempo que ha encontrado su ritmo: dos-tres semanas sí, tres-cuatro semanas no. Y como solo ha pasado una semana desde que volvieron, Knut no puede contar con Frank hasta dentro de una semana o dos.

Knut piensa en abrir una botella, pero no le gusta beber solo. Cuando lo hace, siempre acaba metiéndose en algún lío: o bien se pone a discutir en Facebook, o bien escribe a alguien a quien no debería escribir.

Hace un año que Hanne —y Selma, su hija pequeña— se fueron de casa, y cuando se fueron Knut se juró a sí mismo que nunca volvería a vivir con ningún ser humano. Y cada vez que oye a su vecino de arriba arrastrar a su viejo y gordo golden retriever piensa: «Tampoco con ningún animal».

Mira hacia el patio buscando algo en que fijar la vista, pero lo único que ve es una urraca posada en un árbol, que le devuelve la mirada.

Desde el otoño, prácticamente no ha salido de casa, salvo para ir a ver a Frank.

«¿Es esto todo lo que me queda? —ha empezado a preguntarse últimamente—: ¿vivir una vida tranquila, cada vez más inmóvil?; en el mejor de los casos, ¿acabar como el viejo del perro y, en el peor, demente en una residencia?»

Desde el otoño es como si cada día que pasa fuera perdiendo algo de su antigua tolerancia. Ha empezado a molestarle el aspecto y el comportamiento de la gente, a tal punto que se lo piensa dos veces antes de salir a la calle. Por ejemplo, le pone de los nervios que la gente camine tan despacio por la acera. ¿Siempre ha sido así? También que haya grupos de cuatro personas que se niegan a dejar pasar a los otros transeúntes (a Knut mismo), que se ven obligados a bajar a la calzada.

Al parecer se está haciendo mayor. Puede que sea una cuestión hormonal. Pero ¿por qué la gente va en grupos de cuatro, bloqueando la acera? Y ¿por qué hay personas adultas que llevan pantalones con agujeros hechos a propósito? No pantalones con rotos normales y naturales, fruto del uso y los lavados, como en los años ochenta, cuando Knut era joven, sino con rotos cuadrados, hechos adrede, con tijeras. Y, sobre todo, ¿por qué la gente ya no se viste como antes y sale a lugares públicos con ropa que parece un pijama? Esas preguntas se convierten en un callejón sin salida en el que Knut acaba varias veces al día. Todo lo que piensa actualmente acaba convirtiéndose en un callejón sin salida, y en ellos zumba como una abeja furiosa.

Al final, Knut abre una botella de vino tinto. Para vengarse de Frank y de su pijería, coge el vaso en el que acaba de beber agua y lo llena hasta el borde. Se bebe el vino en cuatro o cinco tragos, como si ese tinto tan caro fuera un medicamento cualquiera que tuviera que tomarse de golpe. Después vuelve a llenar el vaso y se termina la botella.

Desde que Hanne y Selma se fueron, Frank es su único contacto con el mundo exterior. Knut sospecha que su amistad se basa en la pereza, ya que Frank vive a tres pasos de distancia, y cada vez que vuelve a su relación secreta, Knut piensa que debería retomar viejos contactos para tener a alguien a quien recurrir la próxima vez que Frank

desaparezca. Pero antes de que consiga ponerse en contacto con alguien, su vecino ya vuelve a estar disponible.

Podría salir, simplemente salir de casa como una persona normal, y sentarse en una cafetería o en un pub. Ponerse a hablar con personas al azar, ser él mismo una persona normal y corriente en el espacio público. Varios de los colegas escritores de Knut suelen sentarse en bares y pubs para inspirarse. Al menos eso es lo que dicen en las entrevistas. Pero uno nunca sabe a quién se va a encontrar, y al final está ahí sentado, preso en una trampa. Cuando alguien te atrapa, es difícil liberarse. Y lo único de lo que Knut quiere hablar últimamente es de lo único de lo que no puede hablar, como si el mundo exterior fuera un globo gigante lleno de mierda que puede explotar si hace un movimiento en falso.

Con el vaso en la mano, sale al rellano y llama a la puerta de Frank, pero, por supuesto, nadie le abre. Cuando Frank está con M, es como si lo hubiera captado una secta. Es imposible hablar con él, es imposible relacionarse con él.

Knut se sienta frente al portátil y busca quién más va a asistir al festival de Lillehammer. Ha formado parte de la escena cultural noruega durante décadas y ve nombres y caras conocidas por todas partes.

¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí? Debe de haber sido cuando salió su último libro, hace ya casi siete años. Recibió una acogida tibia, como los dos anteriores, que también habían salido después de *El Famoso Libro*.

El Famoso Libro —que no se llama *El Famoso Libro*, aunque Knut lo llame así— fue el tercero que publicó. Salió hace más de veinte años y fue todo un éxito. El libro se vendió tan bien que Knut pudo dejar su trabajo a media jornada como corrector en un periódico y comprarse este piso al contado, por lo que no tiene deudas.

En el programa del festival pone que Lene, su exmujer, va a leer fragmentos de su último libro en un acto en el parque. Aparte de Frank, Lene es la única persona con la que Knut se imagina teniendo una conversación ahora mismo. El problema es que no es fácil encontrarla a solas. Cuando la llama, Terje —a quien Knut todavía considera *el nuevo marido de Lene*, a pesar de que llevan más de diez años casados— siempre está cerca y por lo tanto solo pueden hablar de cosas que tengan que ver con Lukas, su hijo, y de la forma más neutra e inofensiva posible.

En otoño, Frank también estaba con M, y Knut, desesperado por hablar con alguien en quien pudiera confiar, se paseó por el barrio en el que Lene tenía su oficina compartida, y cuando se la encontró al tercer intento, fingió que había sido casual. La invitó a ir a un pub y, después de un par de cervezas, le contó toda la historia. Al principio lo mencionó de pasada, mientras hablaban de otra cosa. «Bueno, por cierto, ¿has leído el último libro de [...]? Ha escrito una historia loquísima sobre mí.» Y después sacudió la cabeza y sonrió como si estuviera por encima de todo eso. «*Never complain...*» Entonces Lene, que no había leído el libro todavía, le preguntó e indagó, como él esperaba que hiciera, y se indignó, como él también esperaba, mientras Knut la miraba con lágrimas en los ojos.

Tienes que hacer algo, dijo Lene. No puedes dejar que te haga eso. ¿Y qué puedo hacer?, preguntó Knut. Haga lo que haga, solo puedo empeorar las cosas. Ella venderá más libros y a mí se me percibirá como un agresor por los siglos de los siglos. Eso es lo que ocurrirá.

Estás en las antípodas de cualquier agresor, le aseguró Lene.

¿Te importa no comentarle nada de esto a Terje?, le pidió Knut cuando se despidieron. Lene le prometió que no le diría nada, pero con las parejas nunca se sabe. Y aho-

ra va a compartir escenario con Terje y La Escritora de la Realidad, como él la llama.

Pero ¿debería hacerlo? También podría no contestar. Otro de los trucos que usaba antes: no contestar.

Knut está perdido. Necesita a alguien que sepa escuchar. En casa de Frank puede dar largos discursos mientras Frank, que es diseñador gráfico y trabaja en casa, se sienta frente al ordenador y hace páginas web, carteles y cubiertas de libros.

Le habría gustado ir a verlo y volver a contarle su versión de los hechos, volver a cantar la misma canción que lleva cantando todo el invierno, y lo que pasó en cierta reunión de los miembros de la Asociación de Escritores de Noruega hace exactamente dos años y medio.

Y dejar claro lo que de verdad sucedió. Lo contrario de lo que pone en el libro de La Escritora de la Realidad, libro que, según la escritora ha declarado, describe la realidad misma, tal cual es. Pero ¿cómo es posible afirmar que uno describe la realidad y, a la vez, inventar puras mentiras sobre la gente? ¿Y hacerlo con su nombre completo, además? Para hablar de otras personas, ha usado seudónimos. Ha usado seudónimos incluso para sus propios hijos.

«Mi nombre, en cambio, lo ha escrito con todas las letras, con apellido y todo. Como si yo no tuviera sentimientos. Como si fuera un monigote de cartón, un bufón, alguien a quien se le puede hacer de todo de manera impune.»

Knut está sentado frente a su escritorio y murmura solo.

Últimamente ha pensado menos en esta historia. Le viene a la mente unas veinte o treinta veces al día, en lugar de cientos. Pero ahora ha vuelto, y con fuerza.

Hasta el momento, este viernes ha consistido en hacer café, abrir y cerrar las ventanas, buscarse a sí mismo en

Google, enfadarse por un artículo sobre algo que ha olvidado, ponerse al día de una discusión en Facebook que también ha olvidado, comer pan tostado y tomar más café, y después el miedo al cáncer, porque por la tarde llega, sigilosa, la versión diurna de la frase que lo despierta cada noche a las tres de la madrugada: «Estamos solos aquí y pronto acabará todo».

Antes era capaz de sacar algo de ese tipo de frases que se le enganchan al cerebro —muchos de sus libros han empezado de esa manera—, pero ahora solo le quitan el sueño.

No ha hecho nada tangible este día aparte de echarse a llorar, algo que ocurrió a mediodía, cuando se topó con el vídeo de un perro con tres patas. Los andares renqueantes de ese perro hicieron que se le cayeran las lágrimas, y ese sentimiento, al igual que el vídeo sobre el cáncer testicular, le hizo pensar en el trabajo, tal vez porque sentarse frente a la pantalla y llorar y que las lágrimas le caigan sobre el teclado es algo que Knut ha leído que hacen muchos de sus colegas masculinos durante el proceso de escritura.

El vaso está casi vacío. Se ha bebido la botella entera en muy poco tiempo, pero no nota nada, salvo que se le han dormido las piernas.

Se va a la cocina y piensa si debería abrir otra botella. Entonces oye unos ruidos provenientes de la cocina de Frank, que comparte pared con la suya. Hay tanto silencio en el edificio que puede oír a Frank suspirar, algo que está haciendo ahora, y Knut se queda quieto escuchando esos suspiros y los pasitos de Frank, y sonrío, porque sabe lo que significan.

La relación entre Frank y M termina y vuelve a empezar de nuevo en intervalos cada vez más cortos. La última vez solo pasaron diez días, y ahora no ha pasado más de una semana. A Frank a veces no le da tiempo a comprar muchas botellas antes de que la relación vuelva a estar en

marcha, y a Knut no le da tiempo a bebérselas antes de que acabe de nuevo.

Ahora quedan cinco botellas enteras en el botellero, que Knut saca al descansillo.

Llama a la puerta, pero Frank sigue sin abrir.

—Hola —exclama Knut por la ranura para el correo—. Sé que estás ahí.

No hay reacción. Pero como no le apetece nada volver a llevarse el botellero, Knut se sienta en el felpudo, con la espalda apoyada en la puerta del piso de Frank.

La última vez que Knut tuvo algo parecido a una vida social fue cuando Hanne y Selma aún vivían con él. En ese momento había un flujo constante de cenas y fiestas, pero todos los asistentes debían de ser solo amigos de Hanne, porque desaparecieron con ella. Knut ha entrado en Facebook para intentar recordar a quién conoce, antiguas amistades de antes de Hanne, pero por ahora no ha encontrado a nadie con quien le apetezca quedar. Se conforma con poner un pulgar hacia arriba o una carita enfadada o llorosa como reacción a lo que ha puesto tal o cual persona. A un par de esas personas ha intentado escribirles un mensaje privado, pero luego le pasa lo mismo que le pasa cuando intenta escribir un texto literario: escribe y tacha, edita y corrige y cambia y enseguida todo desaparece de sus manos. Últimamente es como si todo lo que escribe se volviera mentira en cuanto lo teclea y aparece en la pantalla. Como si estuviera perdiendo el lenguaje.

Recuerda que antes, al menos hasta el otoño pasado, se movía por el mundo y se expresaba y escribía, o sea, que tenía algo que decir, aunque no recuerda qué era eso tan importante que debía expresar todo el rato; tampoco encuentra el camino que lo conduzca hacia esa implicación que ha quedado en el pasado, tanto la necesidad de comunicarse como la necesidad de moverse por el mundo.